



Velos de silencio

1



Una sombra en el tejado hizo mirarme al espejo y vimos entonces, él y yo, que no eran de agua sino de un material de aspecto duro y brillante, acero tal vez, que ululaba como si se tratase de una bandada de búhos y les confería, a ellos, la cualidad de espirales polvorientas ensortijándose en las ramas de los abedules para, acto seguido, derramarse por el pavimento resbaladizo sembrado de escollos transversales y multicolores, ribeteados de oropéndolas repetidas en un tono quebradizo, lastimero, que oscilaba entre las satíricas cuencas de un número indeterminado de ojos y el escaso deambular de frentes abatidas por opacas pesadumbres, al pie de una letra ilegible que, si pocos comprendían, muchos trataban de esquivar ocultándose a la sombra de no sabrían, nunca, precisar qué fatídicos designios que los perseguían causando, en su presuroso transitar, el latido mohoso de carcajadas evanescentes – teñidas del color de una sangre que a lo largo de cientos de suspiros erróneos se había vuelto insensible – que se dejarían oír lejos o demasiado cerca dependiendo, en todo caso salvo en ocasiones tan escasas que los pocos que alguna vez pudieran atrapar alguna la guardarían bajo siete llaves, de si mañana, o al cabo de la calle principal donde debían en un principio alzarse los edificios más emblemáticos de la ciudad, iban a ser cercenadas las esquirlas romas de un pasado angosto o, muy por el contrario – en un futuro que por qué no atreverse a predecir cuando qué se arriesgaba y atendiendo a exigencias de quienes por entonces esgrimieran el honor de saber evadirse de ser agasajados, nada fácil –, desechado por fin el ambicioso proyecto e impuesta la necesidad de resignarse ante la evidencia de que los tiempos que corrían cansinos y pálidos y desmadejados no daban pábulo a tanta ostentación ni tregua a tanto boato como se desprendía lenta muy lentamente de las comisuras ajadas de tantos paramentos – ornados hasta entonces de un cierto verdor demasiado extenuante – impregnando las ropas y los rostros de un color más oscuro que el del día anterior, elogiar el denuedo con que alguien encareciese la conveniencia de colocar un letrero en el que se pudiese leer a cualquier hora del día o de la noche PROHIBIDO PISAR EL CÉSPED.

Una mujer advirtió a una niña del peligro que entrañaba el permanecer tan cerca de lo que, a juzgar por la vehemencia con que la conminaba a echarse hacia atrás, debía suponerse el borde de algún abismo; pero la chiquilla no le hizo caso y en apenas unos instantes pudimos ver cómo enarbolaba lo que a simple vista habría podido parecer un argumento sólido que iba, o iría, a invalidar sus temores si los acontecimientos no se desarrollaban según la costumbre instituida desde hacía nadie pudo jamás precisar cuántos años.

08/05/2006 21:44:55

—Las diez menos cuarto, en definitiva — redondeó sin pestañear la madre de las Fresnedo, alargando su mano para recoger el par de folios que, algo temblorosa aún, le tendía.

Y le sonrió, doblándolos por las mismas marcas que tenían antes de sacarlos del sobre, en señal de aprobación.

— ¿Sólo eso? — inquirió en tono resentido Teresita Ledesma, que como la otra apretase los labios haciéndoles con lentitud un doblez más de los que tuviesen de origen volvió a la carga con —: ¿Ni una palabra elogiando sus progresos?

—Es que...— intervino Encarnación Corcuera, que carraspeó para armarse de valor antes de preguntar en tono altivo «¿qué progresos?».

— ¿Ah; no?

—Yo —terció la pequeña de las Aranguren—, y no es que quiera una tomar partido cuando además bien sabes que te aprecio, he leído esa misma carta muchas veces; y me consta que ha omitido el encabezamiento.

—Pues, yo, y mira que he estado bien atenta, no he echado en falta nada en absoluto.

— ¡“No he echado en falta nad...”! —remedó sarcástica Mercedes Agudo; y se puso de pie de un salto, y de otro se plantó delante de la tía viuda de las Suances para casi gritarle—: lo que a usted le pasa es que con tal de

contemporizar es capaz de pasar por carros y carretas; pero a veces hay que mojarse, ¿entiende?

—Vale —admitió la viuda—: puede que tengas razón, en parte, pero el encabezamiento es un... no sé, detalle tan puramente accesorio, que...

— ¡Pues por accesorio, precisamente, hay que cuidarlo, mimarlo, agasajarlo —se lanzó Lorena Fraile a perorar con fuego—, darle en nuestro corazón y en nuestro pensamiento el lugar no ya que merece sino el que nosotros, todos, de forma enteramente desinteresada...

— ¿Desinteresada —exclamó, con un respingo tan violento Gracia Clotilde Espinosa que se le soltaron dos de los puntos que llevaba en su aguja de media—, como si de verdad nos importase un bleo que nuestro mundo se vaya al...

— ¡Vamos —con mucha serenidad Piluca Cuervo—, no te asustes! Lorena lo ha dicho así sólo porque es una manera distinguida de expresarse; cualquiera comprende que, obviamente, ¡nos importa mucho a todos!

—Mas sin dejar de considerar, por otra parte —apuntó con criterio bueno o malo el tapicero que había dejado como nuevo el tresillo de las Sousa—, que no lo es tanto, si nos paramos a pensar...

— ¿Y quién quiere pararse a ese atropello?

—Él ha querido decir —la tapicera— que no es, después de todo, tan prescindible, habida cuenta de que puede ir desde un «queridos todos, deseando al recibo de la presente...» hasta un... «apreciado amigo», por ejemplo.

—O «muy señor mío» — uno que quiso colaborar.

— ¿Y qué me dicen de «distinguida señora»? —otro, deseoso de no quedarse ahí, como un pasmarote, sin aportar ninguna sugerencia.

—O señorita...

—Así que va a resultar que la nueva no lo ha hecho tan mal.

—Además, y para compensar en el supuesto de que no hubiese omitido algo esencial —Cósima Ortiz, desde el fondo y a gritos, haciéndose paso a duras penas por entre las

vendedoras, peleando a manotazos «¿querréis dejarme en paz?... No llevo suelto»— ha leído con mucho sentimiento el pasaje de la devolución del niño a sus verdaderos padres.

— ¡Dale la razón, encima! —también a gritos la Agudo.

—Porque la tiene —enjugándose una lágrima Tina Ortega—; o yo, al menos, nunca me había emocionado de este modo...

—La peripecia de la comida el día del cumpleaños de Roberto, sin embargo —objetó el primo Andrés— le ha quedado con poquito...color, diría yo.

—Ahí estoy contigo —don Celedonio, metiendo sus pulgares en las trabillas del cinturón y sacando pecho—; en la anterior lectura... no recuerdo quién la hizo, me quedó la sensación de que se trataba de un episodio bastante más gracioso.

—Pudo deberse, tal vez —apuntó mamá un poquito mordaz, la vista fija en la nariz de él, gruesa y violácea—, a que entonces la escucharas con ánimo más festivo.

—Pues si depende del ánimo —comentó por lo bajo Otilia Roca, a su vecino de la izquierda— debo de andar yo hoy un poco deprimida, porque me ha dejado la sensación de algo denso o, no sé..., agobiante ¿A usted no?

Pareció que él iba a contestar, porque ya había comenzado con «a mi», pero ella lo interrumpió con un «perdón, tengo que», para, por indicación, sin duda, de mamá, encaminarse hacia la casa y, tras desaparecer por el boquete en el muro —que le quedaba muy holgado, porque Otilia era menuda y el destrozo, o al menos así lo contaban quienes lo vivieron, fue grande «y, si no, ahí está la prueba»; le decían a los turistas—, reaparecer tras la ventana abierta.

Los turistas se mostraban asombrados —ante el boquete, no frente a la ventana—, por pura cortesía; aunque alguno que no debió de recibir una educación del todo refinada replicaba de tarde en tarde que en su pueblo, o en su ciudad, tenían cosas más o menos de ese estilo.

—No creo —se le solía responder al forastero cuando tal ocurría—, porque éste lo hicieron con muy buena

voluntad entre don Amaro, apodado “el del quinqué”, para más señas, y uno de los hijos... o un sobrino, del guarnicionero; bonísimas personas ambos pero sin la menor sensibilidad artística.

Que el boquete no pertenecía, por tanto, a ningún estilo de los que se estudian en los libros.

La ventana, sí, o un poco; pues los colores de las placas de diferentes materiales con que se habían ido remplazando a lo largo del tiempo los cristales de los cuarterones de sus hojas según iban rompiéndose, y el arco ojival que la remataba, recordaban, al menos desde la distancia a que la novicia una vez terminada la lectura fue a sentarse, de forma un tanto vaga al gótico y, más nítidamente y con mayor viveza, a aquella hora en que al dar el sol con fuerza sobre las láminas, algunas de hojalata, les arrancaba destellos cegadores.

Y pudo escuchar, al Otilia cerrarla, el sonido anaranjado de la memoria deslizándose, pegajosa y oblicua, tenue entre la verborrea de pares de ojos intercambiando mensajes cifrados que ocultaban, sigilosos entre los pliegues ahora espesos y al cabo de un instante tórridos, con pudor casi transparente todo un conflicto irresoluble de fragmentos ordenados en forma de interrogantes que, interceptándose unas a otras, apenas permitían, a las más pequeñas sobre todo, hacerse notar hasta que, indignadas, se defendían aquellas a base de dentelladas que las mayores recibían, entre mucho berrear e hilillos de sangre, en las pantorrillas alguna vez pero, casi siempre, en los talones que se mostraban unas a otras llenas de indignación y “¡mira!”, diciéndose; y preguntándose cada vez más encerradas en el círculo asfixiante de su propio ser si se podía “consentir tal agresión de semejantes mocosas”... ¡Mal rayo las partiera!

Lástima de no haber aguzado el oído un poco antes; hubiese entonces podido plasmar con mayor verosimilitud los sabores de los manjares y otros dulces exóticos en el pasaje de la merienda o, en el caso de la entrega del niño o aquel otro tan bonito del accidente de ferrocarril y cuerpos por todas partes destrozados, ilustrar el

horror de los lamentos de forma no mejor, tal vez, pero sí bastante más suya que aquella otra que... qué espirales o a quién preguntar qué o cómo son las oropéndolas.

– ¡Pero no tuve miedo! – explicaría, cuando tuviera un tiempo propio y hubiese adquirido los conocimientos suficientes para poder jugar con los sonidos que era capaz de articular bastante aprisa, sí, pero ni con naturalidad y sin esfuerzo ni en el orden elegido voluntariamente; cómo veía embelesada hacer a aquellos a los que llena de perplejidad admiraba.

O al menos eso le adelantó una de aquellas voces amables y tan avezadas; no sin dejar de advertirle de la conveniencia de huir de toda precipitación sin ni demorarse en hacer un mínimo acopio del pavor imprescindible para salir, literalmente, corriendo por sí misma o llevada en volandas por cualquiera de...

–... estos palurdos – dijo la voz.

Para agregar, en tono muy bajo y con gesto torcido, que sería una excusa no peor que cualquier otra para pellizcarle el culo.

Los aludidos rieron y una de las interrogantes más viejas suspiró y en tono dolorido, resignada, a una de las que más protestaban:

–Nuestro tiempo ha pasado; ¿queda otro remedio que hacerse a un lado y ceder el sitio a las inquietudes nuevas?

– ¿De buen grado? – inquirió la otra, pálida y huesuda, limpiándose las heridas con un algodoncito empapado en alcohol.

–Estamos cansadas, supongo —replicó la anciana, poniéndose en pie cansinamente con horrísono crujir de cartílagos reseco—; pero, yo al menos, ¿ante qué o ante quién podría hacer valer mi derecho a... ¿morir, tal vez; o no es un término adecuado para calificar nuestro final??

– ¿Y yo sí? — mirando cómo el algodón ensangrentado se alejaba, llevado por la corriente.

— ¿Vais a enzarzaros en la aburrida discusión de siempre? —intervino una corpulenta matrona, rebulléndose inquieta en su silla de respaldo alto y recto.

—No...

— ¿Puedo, entonces —la matrona, repantigándose en la medida de lo posible—, irme alegrando?

—No es adecuado, quiero decir —la pálida, cerrando los ojos con fuerza por un momento en espera de que, al abrirlos de nuevo, el agua corriese otra vez limpia o arrastrando sólo alguna rama...

— ¡Como siempre me andas dando la lata con que soy una pregunta tristonía!

Había vuelto a erguirse, paciente, habituada a mudar de postura —incluso de las cómodas en las que se quedaría para siempre— a cada instante.

—No te dice a ti... —la vieja, que había vuelto a sentarse, buscando con la mirada suya la de la flaca, en demanda de asentimiento.

— ¿No? — la matrona; atenta como acostumbraba a, con tanto cambio, no perder el ritmo o adoptar la actitud equivocada en un despiste.

—Más pienso —se animó a expresar, arrebujiándose, heladiza, a la vista de que la otra, con el ceño fruncido, parecía ausente— que se estaba refiriendo a nuestro fin.

— ¿Seguro?

— ¡He ahí una duda razonable!

— ¡Oh; no!

—Lo será, si ella lo dice... — echándose hacia atrás y hablando muy alto, la vieja, como si la complexión huesuda que puesta ahora en pie se interponía entre ambas representase más serio obstáculo que la manta con que se cubría hasta los ojos para que la otra la pudiese oír.

—Ya; pero las dudas razonables son tan... —la matrona, que respondió alzando también la voz aunque sin moverse, la bajó para pronunciar en apenas un susurro—: sositas.

—Pero a esta la vais a recibir con perfecta amabilidad... ¿De acuerdo?

– ¿“Recibir” —inquirió con amargura la anciana— cuando lleva instalada en mi sentir ni me acuerdo ya cuánto?

– ¿Podréis de todos modos, por favor — entre dientes y en tono apremiante, inclinando su fragilidad so pretexto de recoger el abanico que había dejado caer adrede —, sonreírle?

–Tal vez sí —repuso con sequedad la vieja que, tras un “pero” y una breve pausa, de nuevo alzando la voz, a la matrona —: ¿Queremos?

–Queremos, querida —en tono suave la otra, acompañando sus palabras de un casi imperceptible alzar la barbilla señalando con su gesto el frente.

–Pues qué alegría —dijo, y se tapó los ojos con la manta.

En tono la amedrentada pupila tan aséptico y con tan nada de inflexión que denotase en la voz un sentimiento que, mamá, que le gusta tener una noción muy precisa de las cosas, la instó, bajo el pretexto de «lo hago por tu bien; cuantos más datos, signos, pistas, indicios, estés aportando con soltura y motu proprio de la realidad que representas, menos riesgos estarás corriendo de caer en las garras de estas brujas», a precisar si con acritud o sin ella.

Respondió, dejando caer ahora Otilia la cortina y preguntando que si la persiana también, a lo que mamá contestó “la persiana no importa, puedes dejarla como está”, que... bueno, parecía ser que o no miró justo en ese momento o, tal vez, sí pero como sin las gafas la vieja veía mal...

–Así me gusta: con cordialidad —la flaca, enseñando dos hileras de dientes. Y a la que se aproximaba, abriendo con gracejo el abanico—: Como les da el sol en la cara no te distinguían, y estaban preguntando “¿de quién es aquella grácil figura que se vislumbra en la lontananza?”.

–Así que se trataba de eso —visiblemente contrariada y asomando nada más uno de los ojos, bastante entornado.

Y agregando, de su cosecha y quizá llevada de su bonísima intención de practicar e irse soltando, poco a poco,

en la utilización del modo de comunicarse usual entre nosotros, que “sinceramente”, además.

Mamá objetó que tratándose de Manuela — porque de resultas de un breve pero muy ácido altercado en que salió a relucir que estaba “además, hasta la coronilla de que me llames *la vieja*, ¿es que acaso no tengo que tener un nombre yo?”, y mamá se defendió alegando “¿y cuándo dijiste que lo querías?” o que a ver si es que teníamos que tener un adivino a mano siempre para que leyese el pensamiento de unos y de otros, cogió la costumbre de llamarla Manuela; un “Manuela” inusitado en su entorno que encajó, empero, llena de alborozo viendo en él un indicio, un leve atisbo de vaga voluntad de considerarlas, a ella y a las de su naturaleza, un poco “cómo de la familia”... por irlo expresando de momento de algún modo— eso nunca se podía asegurar porque fingía, o se controlaba... fuera nadie a saber la diferencia en “algo con el colmillo tan retorcido y que se las sabe ya prácticamente todas”, maravillosamente bien.

– ¿Pues de qué, sino —molesta la matrona—, te estaba advirtiéndote?

– ¡Y yo qué sé!

– ¿Eso decían? — parándose a mirarlas en mitad de la cuestecilla, rascándose el cogote con fruición y cara de “no sé si creérmelo”.

– Más o menos —en tono jovial, dándole al abanico.

– ¿Cómo cuánto de menos?

– ¡Pero no te pongas suspicaz! —Había salvado la distancia que las separaba y, ahora, dándole aire con el abanico con una mano y tomándola del brazo con la otra—: Anda, ven a tomar algo y refrescarte un poco.

– Sí; hace mucho calor —tirando esforzada de su trasero—. Pero sólo agua, ¿eh?

– ¿Otra vez con tu régimen?

– ¡Pero sin conseguir adelgazar ni un gramo!

– Pues yo, precisamente —la matrona—, estaba comentando según te acercabas que se te ve más esbelta.

– ¿Y cómo si no me estabas conociendo? —Y agregó—: Podría estar siendo otra gorda cualquiera, ¿o no?

—Esa, mira —Manuela—, es una apreciación muy sensata.

—Demasiado, incluso — dijo la huesuda, mirando en derredor con ceño y...—: ¡Pedazo de cabrona!

Manuela ni se inmutó y siguió casi oculta tras su manta, dormitando o simulando dormitar.

La matrona sí giró la cabeza, buscando con los ojos el apagado golpear de pies descalzos y risitas ahogadas alejándose.

—¿Es eso una contestación? —preguntó, dubitativa, con la mano sobre los ojos a modo de visera.

—Una contestación; sí —echando hacia atrás de un manotazo un mechón de su pelo. Y apoyando los puños en las caderas, sin dejar de mirarlas—: “Eso” y la otra zarrapastrosa que la acompañ... ¡Pero que estoy diciendo que fuera, largo de aquí que os voy a...

El golpear de pies y las risitas parecían regresar acompañadas, ahora, de entrechocar quedo de ramas en uno de los setos...

— ¡Sé que estáis ahí!

— ¡Pero déjalas!

—No me da la gana dejarlas —replicó, hosca la flaca aún, con el pecho agitado; si bien cediendo a avenirse puesto que había dejado caer los brazos y pasaba una a una despacito las varillas de su abanico, como si aunque sin mirar las contara.

—Ni debes —atizando el fuego, en que entre vaharadas olorosas a col borboteaban pucheros, una muy bien provista de delantal blanco y cofia impecable—, pues que eres la encargada, ¿o no?, de velar por nosotras.

— ¡No me da la gana!...

Algo avivó su enojo porque oyeron, las otras, el impactó de un objeto rotundo contra el enramado y, a ella, proferir nuevos insultos a la chiquillería, que corrió esta vez en tropel, espantada.

Y caminando con paso irritado hacia el abanico que arrojase amagó, en un repente, con apresar a algunas de

las revoltosas rezagadas mientras sus compañeras las instaban a zafarse entre gritos y palmas.

Lo lograron, añadiéndose a sus burlas y expresiones de júbilo las de sus madres y hermanas mayores, que las aguardaban al filo mismo de la linde de sus territorios increpándola, a ella, con que cuándo se había visto nunca correr al ratón detrás del gato; y todo entre muchas risotadas y morisquetas.

– ¡Vuelve aquí! —Instando a la flaca las suyas, alarmadas a la vista de su cara roja de ira, y de sus ojos que lanzaban llamas— ¡Cálmate o acabará por darte un síncope!

Pero aun hubo de retroceder unos pasos por recuperar una de sus sandalias, que perdiera en su alternativo resbalar y tropezar, entre los cantos.

– ¡Déjalo ya! —un coro de voces al que incluso se sumó la cocinera, agitando una de sus cucharas; interpretando, puede, su retroceso como nuevo arrebató.

–Lo deajo, sí —se doblegó, calzándose— ¡Pero las odio!

– ¡Mal hecho! —una de las que se solía murmurar en los mentideros y corrillos que se las daba de “profunda”—: amarlas y respetarlas es lo que deberías pues que nos fuerzan a superarnos.

Y que cuál sería el porqué, el para qué de “este atormentado existir nuestro”, su razón de ser, sin la eterna amenaza que las revoltosas representaban.

– ¡Amenaza! —la planchadora de las docenas o... qué docenas: centenares de enaguas que, al modo de “capa sobre capa en la cebolla” en comparación puesta por la pinche, muchacha robusta y muy directa pero en exceso llana, han de vestir las más complejas—; “amenaza” cuando cuánta mella, me pregunto y valga la redundancia, podrían hacer en nuestras naturalezas semejantes gorgojos.

– ¡Son tan dañinas las chicas como las grandes! —sentenció todavía enfurruñada la flaca.

–Olvídalo ya por hoy.

–Ha sido mi culpa —Manuela, compungida—: ¡Jamás aprenderé a no provocarlas!

—Pues no te ha ido tan mal, de todos modos —la visitante, que pese a llevar ya un rato allí, sentada y quieta, no cesaba de enjugarse el sudor con un pañuelo y lamentar que “este calor” iba a matarla.

—En mi pellejo te querría yo ver —rezongó, antes de añadir adusta—: Y no es tan fácil morir... Que lo sepas.

—A la vista está, sí. Por eso digo que no te ha ido tan mal...

Pareció que callaba pero se estaba tratando tan sólo de congoja; de un nudo atenazando su garganta, por el miedo, un miedo que hubiese podido ver cualquiera reflejado en sus ojos de no ser por estar estos velados por las lágrimas que corrían por sus mejillas mezclando su sal con la del sudor, frío, en que «por sentirse presa se abrasaba», le decían, en intento de persuadirla de que, ya lo vería, también a ella le quedaba mucha, mucha vida por delante.

— ¡Pero si estoy acabada! —hipando y sonándose.

— ¿Con ese aspecto tan saludable?... ¡Tonterías!

— ¡Sentenciada! —Y volvió a hipar— ¡A un paso del cadalso!

—Pero, vamos a ver, criaturita —dejando la planchadora su quehacer por acudir maternal a acunarla—: ¿En qué se fundamentan, si es que puede saberse, estos temores tuyos?

— ¿Te vas a poner a psicoanalizarla, ahora? —una jovencita, que ha irrumpido a medio peinar y ligera de ropa. Y explica señalando con su mano blanca, de uñas rojas y largas —: Yo tengo esta tarde un sínodo de obispos.

—Y yo —otra, también joven—, un congreso de metafísica.

—Y yo —una adolescente delgadilla—, un examen de matemáticas.

—Pues ahí —muy vivaz una cuarta—, con que lles un vaquero y una de esas camisetas... ¡Las matemáticas son habas contadas!

— ¡Y un jamón!

—Pues se lo sumas... ¡O se lo restas!, yo qué sé. Pero dos y dos van a ser siempre cuatro; así que...

– ¿Ah, sí?

–Pues claro que sí —y, expeditiva—: ¡Jamás te encontrarás con algo menos problemático que las matemáticas! Yo, en cambio —se detiene para arrancar con los dientes un pellejito de una uña y, tras la pausa—: No es que os quiera dar envidia, pero... ¡Tengo una cita!

– ¿Una cita esta mocosa?

–De amor, sí ¿Qué pasa?

– ¿Que qué pasa?

– ¿De veras?

– ¿De amor?

– ¿Y qué vas a pintar tú incordiando en una cita de amor?

– ¿Por qué incordiando?

– ¿Me vas a decir que de verdad no sabes que cuando nosotras somos convocadas la cita deja, automáticamente, de ser de amor?

– ¿Qué está insinuando esta retorcida?

– ¿Qué está insinuando, eh; o es que eres tan simple como para no darte cuenta de que cuando nosotras, cualquiera de nosotras, ¿hemos de comparecer es porque algo no marcha?

–Como sigáis en esa línea tendremos que ir pensando en mudarnos... ¡Aquí ya, literalmente, no se cabe!

–Pariendo todas como conejas todo el rato... —una que parece llevar la voz cantante de un nutrido grupo que, indolente, parece nada más conspirar ya que a base de murmullos se dicen, se refutan, cuchichean, parecen en un momento enfurruñarse y, al siguiente, se muestran en perfecta hermandad.

– ¿Por qué no os dedicáis tú y las tuyas a seguir con vuestras cosas; o es que sois tan listas que ya tenéis perfectamente trazado vuestro plan para esta noche?

Regresa la capitana con las suyas, y súmense de nuevo en los murmullos, el enfurruñe, la hermandad, la divergencia o el acuerdo.

Vuelve también la calma, la paz fingida que se extiende a lo largo y lo ancho del terreno de nadie en que

nosotros, los humanos, nos movemos al raso del confort de un horizonte corto, estrecho, bajo el que nos creemos a resguardo del calor y del frío sólo porque no vemos, no oímos, cegados y atronados por el entrechocar incandescente de pálidas sombras de destellos, ni el acerado filo de las armas de éstas ni el silbido del pedernal templando las que se aprestan a esgrimir aquellas.

– ¿Y, vosotras —una errática, ociosa, de esas que suelen terminar siendo irritantes—, no vais a salir hoy?

–Más tarde, al anochecer —la capitana.

Es de pocas palabras, la capitana, y le molesta que la llamen así, pero en *Qué puede hacer ella para persuadir a las demás de que están cargando demasiada responsabilidad sobre sus hombros* es algo que, tal como sus preceptoras le inculcaron ya desde la cuna, más vale y aunque sólo fuera por un mínimo instinto de supervivencia, ni pensar...

–Además —se había dicho, poniendo buen cuidado en esquivar su propia mirada frente al espejo del vestíbulo en que por culpa de un estúpido granito, sin buscarlo ni desearlo, se encontrase una vez —, es excesivamente largo...

Aunque lo había intentado, sí, lo había propuesto ante la asamblea, con la cabeza gacha y un hilo de voz, en un rasgo de humildad que no hizo, para su desventura, sino inflamar aún más los ánimos e incitarlas a rechazarlo, a ellas, con muchos aspavientos y protestas de «¡qué horror, jamás podría memorizar algo tan!».

Resignose pues con un encogimiento de hombros y un lápiz negro, para ojos, humedecido en salivilla, a un lunar sobre el granito y un ¿Qué puedo hacer yo? escueto, conciso y sin ringorrangos que, se temía, no iba a arraigar más que mal y poco y, nunca, entre las de su generación aunque sí, tal vez, entre las madres y las tías vetustas que arrugando el hocico le dedicarían una mirada hostil a su lunar abominando, como solían, de toda suerte de apelativos y de motes.

Y plegose, dúctil, maleable, a su destino en evitación de males mayores y, ahora, arqueando sus labios en la mueca antigua que aprendiera “sonrisa”, formuló:

– ¿Te quieres venir?

– ¿Yo? —sorprendida, la errática.

Bajó la capitana del banco de madera sobre cuyo respaldo se sentaba y, acercándosele sin abandonar su mueca, despacito, presionándole con suave fortaleza el índice en la frente:

–Nunca, apréndelo, es importante, vuelvas a hacer algo así.

–A menos, naturalmente —tomando la palabra, con un guiño, una alta y morena de cabello rizado—, que te encuentres entre amigas.

–Está —la capitana a la morena, endureciendo el gesto, y, a ella—: entre amigas.

Más como la viera estática, aturdida, alzó las manos y agitando la mueca le gritó:

– ¡Lo estás, lo estás! —Y que tenían muchísimo aún que preparar, joder; no podían desperdiciar toda la tarde en intercambiar cumplidos y perderse en melindres—; así que decide de una pajolera vez si te vienes o te quedas o qué.

Lejos de tomar una decisión; lejos, en realidad, de cualquier parte, vio la neófita cómo la errabunda se achicaba, asustadiza; atemorizada también ella ante la pavorosa cortedad de la distancia mediante entre los mundos tan vastos que, aun sin prestarnos, todavía, atención, nos cercaban.

–No hay que preocuparse de momento —manifestó el panadero, frotándose la frente con el dorso de su mano enguantada en harina—; y hasta es posible que ni nuestros hijos, ni los hijos de nuestros hijos ni aun los suyos, lleguen a estar en verdadero peligro... ¡Mírala cómo corre, la jodía!

–No le hagas caso —recomendó doña Anselma, y notó en su hombro la presión de los dedos gruesos de la mujer, que la reconfortaron porque «pueden causarme daño, y yo sentirlo»; mirándola trastabillar, balbuciente en un arranque de resolución tardía—; es un viejo sarmentoso y arisco que morirá sin descendencia...

– ¿Y de qué serviría eso? — una mujer que sólo compraba pan candeal, pero nada más de tarde en tarde y so pretexto de «bueno, a mí me gusta sentado».

– ¿Como qué? — La hermana del panadero, que le ayuda en el negocio pero atendiendo nada más la caja, fue siempre una mujer difícil.

– Como prueba, naturalmente — muy erguida; demasiado orgullosa, en opinión de algunos, de...

– ¿De qué? — cortante y enjuta, envanecida de no haberse equivocado nunca con un cambio ni haber sisado un céntimo en las vueltas.

– ... de no haber dado jamás un cuarto al pregonero en lo tocante — el coro de los “algunos”, honesto y voluntarioso pero muy desafinado — a sus dificultades económicas.

– De sensatez, supongo — replicó el panadero, con la vista más fija ahora en el trasero respingón de la capitana que en el trotecillo desgarrado de la errática.

– De cobardía, más bien, diría yo — Osoria Escalante, que tenía la costumbre de condicionar sus insinuaciones a nadie sabía qué enigmáticas hipótesis.

– ¿Qué cobardía cuando no compra a la vista de todo el mundo, a pleno sol y abiertamente?

– ¡Sensatez! — El panadero frotó las manos enharinadas contra su mandil, que siguió tan blanco como estaba; luego suspiró, como si estuviera dando a entender *¡misión cumplida!*, y volviéndose hacia la multitud apiñada en derredor —: Créanme: Una pregunta tan simplona no podría jamás valerse por sí misma; encontrar su camino sin ampararse en otras más...

– ¿“Inteligentes”?

– ¿Quién ha dicho eso?

– Bah, no importa — el panadero pareció de repente muy cansado; cortó el aire de través con el canto de su mano y dijo «olvídenlo, si quieren». Y como caminaba deprisa tuvo que levantar mucho la voz, que trató de evadirse de sus manazas pateando por encima de su calva color rosa y emitiendo gritos tan agudos que apenas si podíamos

escucharla, con la advertencia, empero, de—: ¡Pero no lo de que no hay que preocuparse!

—Y alcanzamos, gozosos, a justo antes de que la depositase en terreno firme algo colérica aún pero sin daño — pensó, y pudimos notar que bastante más suelta hasta el extremo de plantearnos la posibilidad de adjudicarle un nombre y que dejara de ser “la neófita” pero mamá dijo eso sería a lo mejor echar sin necesidad ninguna las campanas al vuelo—, oír que todas, hasta las más sugerentes, eran todavía terriblemente primitivas.

— ¿Y quién iba a poder echarle el guante, eh — intentando bromear, por consolarla, si es que podía hallar un algo de consuelo en algún algo, un alférez provisional al que no se solía tener muy en cuenta porque «cuando sea definitivo ya veremos»— a tantísimas campanas volando?

La voz del panadero se alejaba a paso vivo, enarbolando uno de sus zapatos y alisando su falda de vuelo; pero como era joven y briosa —una hermosura de voz fuerte y tan bella que resultaba en verdad lamentable que hubiese de permanecer encadenada a un individuo tan, por lo demás, poco agraciado; una delicia que, en la última temporada de ópera, había hecho saltar las lágrimas del tallado tenor que una mañana acudió al establecimiento de su dueño en demanda de un panecillo de Viena y, al explicarle el propietario que nada más podía ofrecerle cenceño o porcino o regañado, olvidose el artista conmovido de molletes y pistolas y floreados y se deshizo literalmente en elogios tales como el cuánto no pestañearía él en dar por algo así para su Romeo y «hágame caso, amigo mío, y trátela como a una verdadera alhaja»—, ahogó aun sin mala fe ni saña a la del alférez que, en un hilo y apenas con resuello, llegó a los oídos de la nueva y a los de Eleanora Varcárcel y una prima de las de Robledo, que estaban a su espalda.

— ¡Lástima de hombre —se dolió Eleanora con la suya baja—, tan anciano!

Y la prima convino en que era injusto, sí, indignante, que un señor tan culto y educado se marchara al

otro barrio sin haber podido disfrutar de un destino en propiedad, como Dios manda.

Y la viuda de Alcudia se escandalizó al oírlas, convencida como estuvo siempre de que el sino es un algo inherente con lo que se nace...

—No, si a ver si me entiende: él tiene el suyo sí, bueno, claro, como todo el mundo, pero de aquella manera...

Él se volvió entonces y sin inmutarse las tranquilizó con:

—No vayan a andar preocupadas por mí, mis queridas señoras; que por muy provisional que sea, todo destino cumple su cometido mientras dura.

Y llevándose la mano a la gorra se despidió de ellas con un taconazo y fue a perderse entre la multitud que ahora, cuando empezaba a declinar la tarde, se encaminaba en animados grupos al teatro; el edificio nuevo de la plaza donde iba a celebrarse la sesión, inaugural, por cierto, que tenía a gran parte de la comunidad en vilo.

—Todo saldrá bien, ya lo verán — auguraba optimista el alcalde.

—No sé yo, don Celedonio, si un lugar tan nuevo tan sin historia...

—Un edificio magnífico, se lo aseguro; con su calefacción y su megafonía...

— ¿Megafonía?

— ¡Pues naturalmente que megafonía!

—Pues aunque fuera nada más por eso — expresando su satisfacción Estrella Portillo—, yo creo que hay que alegrarse. Una de las últimas sesiones, en el viejo, y eso que cogí sitio bien cerquita, apenas si pude hilvanar de mi marido alguna que otra frase suelta.

—Es que hay que hacerse cargo, Estrella, de que...

—Que no; que se lo digo yo, doña Virtudes: que el antiguo... muy bonito, sí, y aun puedo convenir en que invitaba quizá más a... bueno, este tipo de cosas. Pero la acústica era tan deficiente que me marchaba a mi casa hecha un lío y, luego, toda la noche sin dormir y confusa

preguntándome «¿qué me estaría queriendo decir a mí este hombre?».

Para recibir, indefectiblemente, noche tras noche de insomnio entre tazas de café y retratos amarillentos un poco torcidos, la misma retahíla de respuestas imprecisas que la desesperaba, a ella, Estrella, que, presa del desasosiego, sentíase a un tiempo burlada y seducida por aquel bailotear de desvergonzadas que se dejaban sospechar burlonas a veces y, otras, las más y abiertamente y con descaro, dolorosamente esquivas.

Porque una cosa era, pensaba la novicia, y lo había sido desde que el mundo era mundo —quisiéralo o no lo quisiese esta o cualquier otra Estrella y aun el mismísimo lucero del alba— dejarse mecer sin emoción pero sin riesgo por las aguas de la razón tan serenas o arrastrar por las de la sinrazón, tempestuosas, y dar bolilla al cuitado o la cuitada del momento con ambigüedades y evasivas; y otra muy diferente —y aunque hubiéralas, que las había, entre ellas, de todo tipo de jaeces, estúpida hasta la autodestrucción nunca hubo alguna— dar tanto de sí como para quedar reducidas a la vergonzante condición de evidentes.

«¡Hasta ahí podíamos llegar!».

Pero llegaban.

Entre bromas y veras —creía en su inocencia, persuadida de que entre dependencias tan interdependientes no cabía el que mediaran diferencias tan del todo insalvables, la novicia— y a cubierto de miradas y oídos de maledicentes que fuesen luego pregonando por ahí que tal o que cual o esto y lo otro; en más ocasiones de las que estipulase puntillosa la prudencia, llegaban a —decíamos—, con un ojo siempre vigilando la honra, dejarse algo más que coquetas algo más que rozar algo más que...

– ¡Niñas pindongas! —con acritud.

–O meretrices viejas... —con amargura—: ¿Qué más da?

–No es lo mismo...

– ¡“No es lo mismo” !, eh ¿Y qué es entonces?

–Es, es, es...

—Vamos: suéltalo, que estamos en confianza —
aquella.

—Pues... ¡Para mear y no echar gota! —ésta, que
parece desenvuelta.

—Ah, pues...puede estar bien.

—Puede, sí; pero, sin someterlo a la asamblea...

—No, claro: sin someterlo a la asamb...

—Esto va estando — sosteniendo, por las patas
una, una gallina en una mano y, en la otra, una navaja
ensangrentada.

—Tráela —y contemplando, como si las contara,
una gota de sangre, roja, y otra...—: Y ve a cambiarte.

—Vete a cambiar, sí...

...y otra más...

—No he dicho eso...

¡Pero irá!

...y otra, y otra y tantas más; redondas, festivas
como lunares en un vestido de verano en alguna de esas
mañanas de agosto de ventanas abiertas y aleteo de palomas
en los alféizares... ¡Condenadas ratas voladoras!

Vaya si irá.

¿A qué?

Y bien lejos.

A ser odiadas...

—Ah.

—Con que esas tenemos.

Desplumando despacio lo que será —da en
suponer tan imbuida del criterio tan fútil con que los
mortales entendemos cómo han de festejarse las albricias— el
plato fuerte del gaudeamus cuando vuelvan.

—Emprenderá un largo viaje —mofándose una
desdentada de greñas pringosas— del que regresará distinta.

— ¿De sí misma?

...cuando más...

— ¿Y cuando menos?

A ser miradas con un algo de aprensión...

— ¡De todas vosotras; panda de imbéciles!

Y es que son, “somos” tan.

¿Odiosas?

– ¿Repelentes?

¡Antipáticas!

Si no las alimentarais...

– ¡Basta de cháchara!

– Basta, sí —alguna que guardase hasta entonces silencio—, pero la cruz de la culpa, miradla, ahí sigue.

– ¿Atravesada en el pasillo?

–Y, como es tan grande...

–Pues alguien tendría qué...

–Ya, pero...

Dándose largas por si hay suerte, hoy por lo menos, aunque nada más sea, y regresan a casa no arrastrando los pies derrotadas sino en hombros de la multitud y cubiertas de gloria...

– ¿Tan difícil es?

Mirándose de hito en hito, avergonzadas. Las unas a las otras; bajos los ojos y sin poder tragar bocado, ya de regreso, ¡maldita fuese!, de una cena tan buena.

–Y no será por falta de ir bien advertidas de que no debíais alimentarlas.

Pero que quién contaba con —se dice, sin articular las palabras cuyo dominio de la tan ansiada ejecución insiste tenaz en resistírsele—, al tratarse de una sesión tan de rutina en la que no cabía esperar más espíritus que los de los muertos conocidos o los de las viejas Mariantonietas o Cleopatras de siempre, hoy sobre todo que andarían deseosas de fisgar, seguro, las instalaciones nuevas y... muy poquito más, semejante desastre...

– ¿Semejante? — Isolda Recuero, obligada como se sentía a aborrecer las comparaciones habida cuenta de que hasta los más tontos del lugar sabían que son odiosas y ella no quería pasar por necia, se encrespó con ardor tan sincero que, al erguirse, derribó sin querer, echó por tierra con enorme estruendo de cascotes que se desparramaron por doquier, los restos exiguos del último bastión de escepticismo que los pocos descreídos que aún quedaban

sostuvieran hasta la fecha insistiendo, con visible desánimo y enorme esfuerzo, en que su actitud no era más que una pose.

–“Similar” ... si lo prefieres — ofreció como alternativa *aceptable* pero “y que conste”, le advirtieron y no es que quisieran asustarla, “sólo por esta vez” en tono quedo Onésima, la nuera del tenedor de todos los valores que no hubo forma de endosar ni aquí ni allá del pueblo.

–“Parecido” y punto — cortó Encarna, con los dientes, el hilo con el que cosía sentada en una silla baja de tijera junto a la ventana y, poniéndose en pie y alargando la camisa al marido —: Ya está.

–No sé yo... — una de sus cuñadas.

–Pues yo sí — un poco tensa Encarna, harta, como estaba, allí de pie clavándose la aguja en la pechera, de que se pusieran continuamente en tela de juicio sus habilidades domésticas; y, al marido —: Venga, póntela.

–Quizás — aventuró prudente el hombre, toqueteando distraído el botón — Milena esté en lo cierto...

– ¡Vaya por Dios! — Encarna.

–Con que esas tenemos...— la cuñada.

– ¿Y por qué no? — tan incapaz Primitiva como debía de estar al tanto todo el mundo de enterarse en condiciones de nada.

– ¡Eso: “por qué no”! — exclamó quejumbrosa Camila Pradillo, sobrepasada con mucho por la situación previsible cuando qué podía esperarse traída, como llegaba, de la mano de Primitiva, pero tan a ojos vistas del todo adversa.

–Pues porque...— otra de las cuñadas que, no lo bastante irascible como para arremeter con fiereza contra planteamiento alguno por descabellado que fuese pero sí arrogante en la medida justa para una vez lanzada a exponer sus razones no recular con las orejas gachas, concluyó, tras pensárselo un poco —: porque es una posibilidad que, a mí por lo menos, me pone los pelos de punta el imaginarme a algunas contemplándola.

– ¿Lo dices por mí?

– ¡Vamos — salió al quite un muchacho alto y bien plantado que se rumoreaba andaba como loco tras la mano de una de las Motilla, que a la vista de cómo Remedios Ayuso se daba por aludida se interpuso, por evitar un altercado, entre ambas —, seguro que no!

–Pero a mí — susurró continuando a lo que estaba en su conversación con doña Paula Cueto la tía solterona de Josefina Areces, a la que había criado como a una verdadera hija, reticente a dar pábulo a lo que ella denominaba “maledicencias del público” —, eso, ¿qué quiere usted que le diga?, no me termina de cuadrar.

– ¡Pues claro que no! — el marido de Remedios, aliviado por la oportuna intervención del presunto “profanador de...” como lo llamaba, sin haberse decidido jamás a terminar la frase, Celedonia Rueda imbuida sin poder evitarlo de un pánico cervical a todo lo que hiciese referencia al *más allá*; porque, y no sentía el buen hombre el menor pudor al reconocerlo, él “yo a esta mujer, tan temperamental, de verdad que la temo” para, con una cierta precaución, cambiar de tema con un dubitativo —: Además...

– ¡“¡Además”, es justo lo que iba yo a decir! — Con sorprendente viveza, la encargada del guardarropa del restaurante libanés de la esquina —: que tratándose tan sólo de una posibilidad, y quién sabe incluso si no bastante remota, a lo mejor resulta un poquito exagerado quedarse ahí mirándola apabullados todos, con la boca abierta.

–*Todos*, no; pequeña — la dueña del local, reacia a que sus empleados distrajeran el tiempo que debían dedicar al trabajo atendiendo a... ¡sandeces!

–Tontadas, sí señora — convino la Cueto. Y aún abundó —: más considerando que..., eso: las posibilidades pueden ser infinitas.

–Pues yo — el practicante al que ya nadie llamaba porque desde que le dio no sé qué a la cabeza se había quedado muy temblón — encuentro sólo seis.

– ¿Así, con esa precisión? — la Antúnez, con aquella su rara habilidad para acudir a varios chismorreos a la vez.

—Pues, claro — la hija, que lo defendía siempre —; porque tres Motillas a dos manos...

—Yo — la tía de Josefina — me estoy refiriendo, naturalmente, a la derecha de la de en medio.

— ¿Seguro? — una hermana viuda de la de Pastrana, que después de ir y venir con las maletas se quedó definitivamente a vivir con ellos; y era muy cargante.

—Hombre, mujer, entiéndame; que tantos años que hace que murió, la pobrecita... Pero incorrupta en una urna, por lo visto; tan blanquita y con las uñas, incluso, un poquito rosad...

— ¡Como que dicen que era una santa!

—Pero que se perdió... ¡Lo que son las cosas! Sin saber cómo.

—Pues no va a ser en la que yo estaba pensando; porque me la encontré en la cola de la carne no hará ni dos semanas.

— ¡Mire usted cómo se me han puesto los vellos! — Señalándose espantada Celedonia los pelos del brazo.

Y que cuál era, en tal caso, la que enterraron con la sortija de brillantes que tanto dio que hablar y que tan de cabeza trajo a toda la familia buscando por los rincones y culpando a las criadas hasta que cayeron en la cuenta.

—Que, cuando por fin cayeron — habría de contar algún día, cuando hubiese adquirido madurez y dominase nuestra lengua la neófita —, deseando como estábamos todos a estas alturas del día, o quizás de la noche mejor dicho porque con tanto trabajo como nos dio y tanto tiempo como se llevó el organizarnos se habían hecho las tantas, ver llegar un desenlace fuese el que fuese y marcharnos a dormir a nuestras casas, se llevaron un disgusto horroroso porque “fijate tú qué contratiempo” se decían...

» En su caso — precisaría —; y nos decíamos, en los nuestros, los unos a los otros cuando surgía alguno, en un intento desesperado porque fuese otro, a ser posible, y no uno mismo quien tuviera que asumir la responsabilidad de fijarse en algo más cuando quien más y quien menos bastante teníamos.

Pero para eso faltaba mucho porque sus avances, pese a su buena disposición y al enorme esfuerzo que realizábamos porque se soltase, eran tan lentos que se desesperaba y, mamá se lo decía:

– ¡Eso está pero que muy bien!

Y que cuanto antes se desesperase mejor porque tratándose de una tarea engorrosa que no iba a caberle lo mismo que jamás no había cabido a mortal alguno de este mundo la posibilidad de eludir lo mejor que podía hacer era quitársela de en medio cuanto antes.

Así que ya podía ir alegrando aquella cara.